

Año 1952  
30 Septiembre

51

59

## ELOGIO DE LA MADUREZ

NO es sólo la Primavera la que trae cautela y se presenta de rondón y se filtra por los intersticios de las ventanas. No es sólo ella la que nos hace preguntarnos, sobre la pauta de una ingenua rima, hartó divulgada, cómo es eso de que haya venido sin heraldos y sin palabras. Igual acontece al verano, y al otoño y al invierno. Igual acontece—y esto es ya cosa más grave—en el itinerario de la vida del hombre, al tránsito de la juventud a la madurez. De improviso, uno mira hacia atrás y advierte que la juventud empieza a perderse en la bruma, que su contorno se difumina y que los mares sobre los que se navega han variado el color de sus aguas.

—¿Qué es eso de la madurez?—nos decimos, insertos ya en ella—. ¿Cuáles son sus bienes? ¿Cuál su género próximo y su última diferencia con la juventud y la vejez, que la limitan?

¡Ah! La madurez y la juventud juegan con las mismas piedras preciosas, pero en la madurez éstas tienen menos destellos: su luz se ha hecho mate. Las sirenas siguen cantando, pero su canto no lo registra el alma del hombre maduro con aquel sobresalto de la sangre que le estremecía otrora. Cuando se ha pasado el filo de los cuarenta, a la canción de las sirenas uno se atreve ya a buscarle la segunda voz. Las estadísticas, las tablas de seguro, el refranero van dándonos informes bastante exactos de cuál sea la cronología de la madurez, pero en cada cual, su presentación difiere. A unos les llega anticipada al calendario, y a otros, con retraso.

Anoto en mi cartera los signos de la mía y los lanzo al cotejo de mis compañeros de promoción. Sé que aun subo, si quiero, las escaleras de dos en dos, pero sé que antes las subía sin saberlo. Sé que me preguntan a veces, por la calle, la hora que es: luego tengo el aire del señor "de cierta edad" que lleva reloj. Sé que ya la palabra joven no se me aplica como sustantivo, sino como adjetivo que la galantería dicta, y observo, en las gacetillas de Prensa, el sordo canje de aquella dorada catalogación por la muy ceremoniosa, cuando arbitraria, de ilustre. Sé que aun me empuja a los cristales del balcón la música de un regimiento que vuelve a su cuartel, pero me doy cuenta de que, dentro de poco, podré aguantarla sin asomarme. Sé que todavía la rotura del ascensor de turno no me hace desistir de la visita, pero preveo próximos cambios. Sé que sonrío a la idea de que se retrase la edad de las jubilaciones y que lo hago con sectarismo. Sé que he sustituido los partes de boda de mis amigos que se casaron ya por los de sus descendientes, que empiezan a casarse ahora. Sé que llevo cobradas primas contra el desengaño y que así las traiciones, aunque me duelen más, no me sorprenden tanto. Sé también que el amor da menos citas, pero sé del mismo modo perdida la zozobra de la espera, que los plantones son flor, aunque amarga, de los veinte años. Empiezo a creer que los periódicos se imprimen en tipos de letra más pequeña y que a algunas gentes les ha dado la manía de hablar bajo. He alcanzado con el tú a aquel señor que era

coronel cuando yo recluta, y he de porfiar para que me lo dé a mí aquel chiquilicuatto, sobrino de un compañero, que cursa hoy quinto de Leyes. Saco la cuenta de la edad del que asombró mi adolescencia con su ingenio, o con su valor o con su fortuna, sobre el que la popularidad y la nombradía proyectaron, más o menos pasajeramente, sus focos, y advierto que es la mía. Aun no me besan como a un santo las hijas de las madres que amé tanto, pero ya se dejan si las beso..

La mirada se vuelve hacia el tropel de los años idos, y es lo curioso, sin demasiada nostalgia. Se vivirían de nuevo, pero para arribar a los de hoy, más serenos, más fecundos, más preñados de cosas. La melancolía nos la causa el saber que nuestro camino rebasó ya su primera mitad, indeclinablemente, sin retroceso posible. La melancolía nos la causa también el que empezamos a comprender que lo que creímos potencial de vida es potencial de juventud tan sólo y de que es preciso acomodarse a un presupuesto futuro, en el que la energía, la ilusión y el ímpetu serán menores.

Pero entre tanto, la madurez es una amplia explanada, en la que pisamos fuertemente y de la que nos sentimos dueños; la vida, el castillo conquistado en cuya sala del homenaje reinamos, exentos de las taras de la caducidad y del lastre de las iniciaciones. La madurez enlaza a la Naturaleza por el talle delicado, elegante y todavía flexible de los días de octubre. Esos son los días que corren paralelos a la edad del hombre de los cuarenta años. Algún ramalazo quizá de las pasiones que nos abrasaron el alma, alguna helada anticipación de un mañana triste, pero qué luz más acariciadora, más tibia, más acompañada la que recorre nuestras venas..

Hagamos, sí, pues lo merece, un elogio de la madurez. Lejos los rubores, las incógnitas de la adolescencia, el vacilante tanteo para descifrar los misterios del Universo. Pero demos por bien muertas exaltaciones e inocencias. Alegrémonos de que, gracias a Dios, no podremos ser nunca lo que un día quisimos ser—marinos, tenores, toreros, ministros—, y no nos importe perder en agilidad física lo que ganamos en medida de espíritu, que ya no se nos convoca a ningún "marathon" superfluo, sino a decisiones que exigen reflexión y prudencia.

No somos jóvenes. Bien. No hay que ponerse como Rubén Darío, que lo dramatizó tanto, ni alegrarse tampoco con la insolencia de cierto coetáneo mío, que va en junio al Retiro a reírse en las barbas de los estudiantes, flacos de insomnios y de temores a los exámenes próximos, que mi amigo rebasó ya. No, no; eso, no. Eso es sádico. Pobres jóvenes, no es cristiano burlarse de ellos. Pero demos a nuestras jornadas—colegas en madurez—su máximo valor y afínémonos en ellas mientras se nos permita. Hasta que, tan tarde como sea posible, suene la hora de que se nos desplace.

¡Ay, sí, deleitosa explanada, si no se cortase sobre el abismo! ¡Ay, octubre sin diciembre!... ¡Ay, madurez sin muerte!...

Joaquín CALVO-SOTELO